

PEDRO GRASSOU

## HONORATO DE BALZAC

Al teniente coronel de artillería  
Periollas, como testimonio  
de afectuosa estimación del  
autor,

DE BALZAC

Siempre que habéis ido seriamente á ver la exposición de las obras de escultura y de pintura, como acaece desde la revolución de 1850, ¿no se ha apoderado de vosotros un sentimiento de inquietud, de aburrimiento y de tristeza al ver largas galerías obstruidas? Desde 1830, el salón no existe ya. El Louvre ha sido tomado por asalto por segunda vez por el pueblo de los artistas que ha sabido mantenerse en él. Ofreciendo antaño la flor de las obras de arte, el salón suponía los más grandes honores para las creaciones que en él estaban expuestas. Entre los doscientos cuadros escogidos, el público escogía aún, y la mejor obra maestra recibía una corona de manos desconocidas. Se promovían apasionadas discusiones con motivo de un cuadro. Las injurias prodigadas á Delacroix y á Ingres, no contribuyeron menos á su renombre que los elogios y el fanatismo de sus partidarios. Hoy, ni el público ni los críticos, se apasionaron ya por los productos de aquel bazar. Obligados á hacer la elección de que se encargaba antes el jurado de examen, su atención se cansa de este trabajo, y cuando se va á acabar ya, la exposición se cierra. Antes de 1817, los cuadros admitidos no pasaban nunca las dos primeras columnas de la larga galería donde están las obras de los maestros antiguos, mientras que este año llenaron todo aquel espacio, con no poco asombro del público. El género histórico, los cuadros de caballete, el paisaje, las flores, los animales y la acuarela, no podrían ofrecer más de veinte cuadros dignos de las miradas del público, que no puede conceder su atención á un mayor número de obras. Cuanto más iba creciendo el número de los artistas, más difícil debía mostrarse el jurado de admisión. Cuando el salón pasó á ser continuado por la galería, todo quedó perdido. El salón debía seguir siendo siempre un lugar determinado, reducido y de proporciones

inalterables, donde cada género hubiera expuesto sus obras maestras. Una experiencia de diez años ha probado la bondad de la antigua institución. En lugar de un torneo, hoy es aquello una sedición; en lugar de una exposición gloriosa, hoy es aquello un tumultuoso bazar; en lugar de lo escogido, hoy no se ve más que la totalidad. ¿Qué ocurre con esto? Que el gran artista sale perdiendo. El Café Turco, los Niños en la Fuente, el Suplicio de los garfios y el José de Decamps, hubiesen aprovechado más para su gloria estando los cuatro en el gran salón, expuestos entre los cien buenos cuadros de aquel año, que sus veinte telas perdidas entre tres mil obras y confundidas en seis galerías. Por una extraña rareza, desde que se ha abierto la puerta á todo el mundo, se ha hablado mucho de genios desconocidos. Cuando, doce años antes, la Cortesana de Ingres y la de Sigalón, la Medusa de Gericault, el Sacrificio de Scio de Delacroix y el Bautismo de Enrique IV de Eugenio Deveria, admitidos por celebridades tachadas de envidiosas, enseñaban al mundo, á pesar de las negaciones de la crítica, la existencia de pinceles jóvenes y ardientes, no se promovía ninguna queja. Ahora, que cualquier chancleta ó embadurnador de telas puede enviar su obra, sólo se habla de eminentes artistas que no han sido comprendidos. Donde no hay juicio, no puede haber cosa juzgada. Hagan lo que quieran los artistas, creo yo que volverán á implantar el antiguo examen que recomendaba sus obras á la admiración de la multitud, para quien ellos trabajan. Sin la elección de la Academia, no había nunca salón, y sin salón el arte puede perecer.

Desde que el libro diminuto de los artistas se ha convertido en un gran libro, existen muchos hombres que permanecen en la obscuridad, á pesar de la lista de diez ó doce cuadros que le acompaña. Entre estos nombres, el más desconocido sin duda es el de un artista llamado Pedro Grassou, venido de Fougères, más conocido por este nombre en el mundo artista, que goza hoy de buena posición y que sugiere las amargas reflexiones con que comienza el bosquejo de su vida, aplicable á algunos otros individuos de la vida de los artistas. En 1832, Fougères vivía en la calle de Navarín, en el cuarto piso de una de esas casas estrechas y altas que se parecen al obelisco de Luxor, que tienen un pasillo, una escalerita oscura y tortuosa, que no posee más de tres ventanas en cada piso, y en el interior de los cuales existe un patio, ó, mejor dicho, un pozo cuadrado. Encima de las tres ó cuatro habitaciones del piso ocupado por Grassou de Fougères, estaba su taller, que miraba á Montmartre. En dicho taller, pintado de rojo, el pavimento cuidadosamente fregado y limpio, cada silla provista de una alfombrita, el canapé sencillo, pero limpio, en una palabra, todo denotaba la vida meticulosa de los espíritus pequeños y el cuidado de un hombre pobre. Se veía allí una cómoda para guardar los efectos del taller, una mesa de comedor, un armario, una mesa despacho, en una palabra, los utensilios necesarios á los pintores, todos ordenados y limpios. La estufa participaba también de este cuidado holandés, tanto más visible, cuanto que la luz pura y fija del norte inundaba con su límpida y fría claridad aquella inmensa pieza. Fougères, modesto pintor de retratos, no necesitó esas máquinas enormes que arruinan á los pintores de historia, y no habiéndose reconocido nunca con facultades bastantes para dedicarse á la gran pintura, se atenía aún al caballete. A principios del mes de diciembre de este año, época en la que los vecinos de París conciben periódicamente la burlesca idea de perpetuar su rostro, Pedro Grassou, de pie ya á la madrugada, preparaba su paleta, encendía la estufa, comía un panecillo ensopado en leche y esperaba para trabajar á que el deshielo de los cristales dejase pasar la luz. El tiempo estaba seco y hermoso. En este momento, el artista, que comía con ese aire paciente y resignado que dice tantas cosas, reconoció los pasos de un hombre que había ejercido sobre su vida la

influencia que esa clase de gentes ejercen casi siempre sobre la de casi todos los artistas; había reconocido, repito, los pasos de Elías Magus, tratante en cuadros, ó lo que es lo mismo, usurero de la pintura. En efecto, Elías Magus sorprendió al pintor en el taller, tan limpio, en el momento en que iba á poner manos á la obra.

—¿Qué tal le va, pillastrón? le dijo el pintor.

Fougeres había obtenido una medalla, y Elías le compraba los cuadros á dos ó trescientos francos.

—¡Mal, el comercio va muy mal! respondió Elías. Ahora todos ustedes tienen muchas pretensiones, y apenas han puesto treinta céntimos de valor sobre la tela, cuando ya piden doscientos francos... Pero usted es un buen muchacho.

Usted es un hombre ordenado y vengo á proponerle un buen negocio.

— — Timeo Danaos et dona ferentes, dijo Fougeres. ¿Sabe usted latín?

—No.

—Pues bien, esto quiere decir que los griegos no proponían buenos negocios á los troyanos, si ellos no salían ganando algo. Antaño solía decirse: «Tome usted mi caballo»; pero hoy sólo lo prestamos mediante interés ¿Qué quiere usted, Ulises Lageingeole Elías Magus?

Estas palabras dan una idea de la amabilidad y de la gracia que Fougeres empleaba con lo que los pintores llaman las cargas del taller.

—Vengo á decirle que es fácil que me haga usted dos cuadros gratis.

—¡Oh! ¡oh!

—Yo no los pido, usted mismo lo dirá. Usted es un artista honrado.

—Al grano.

—Pues bien, le traigo á usted un padre, una madre y una hija única.

—¡Todos únicos!

—A fe que sí... y que quieren hacerse un retrato. Estos ciudadanos, locos por las artes, no se han atrevido nunca á meterse en un taller. La hija tiene una dote de cien mil francos. Bien puede usted retratar á esas gentes, cuyos retratos resulten acaso de familia.

Este viejo marrullero alemán que se llama Elías Magus se interrumpió para reír con risa seca, cuyas carcajadas asustaron al pintor, el cual creyó oír á Mefistófeles hablando de matrimonio.

—Si le pagan á usted los retratos á quinientos francos cada uno, bien puede usted hacerme tres cuadros.

—¡Ya lo creo! dijo alegremente Fougères.

—Y si casa usted con la hija, espero que no me olvidará.

—¿Casarme yo? exclamó Pedro Grassou, yo, que acostumbro á dormir solo, que me levanto á la madrugada y que hago una vida tan metódica.

—Cien mil francos y una joven agraciada y llena de tonos dorados como un verdadero Ticiano, dijo Magus.

—¿A qué se dedican esas gentes?

—Son antiguos negociantes, y ahora son amantes de las artes; tienen una casa de campo en Ville-d'Avray y diez ó doce mil francos de renta.

—¿Y en qué negociaban?

—En botellas.

—No me diga usted esa palabra, porque me parece estar oyendo cortar corchos y me da dentera.

—¿Los traigo ó no?

—Tres retratos, los pondré en el salón... Bien, sí.

El anciano Elías bajó para ir á buscar á la familia Verville. Para saber hasta qué punto iba á influir en el pintor la proposición que le habían hecho y el efecto que debían causar en él los señores Verville acompañados de su hija única, es necesario dirigir una mirada retrospectiva sobre la vida anterior de Pedro Grassou de Fougères.

Al principio, Fougères había estudiado dibujo en casa de Servín, que pasaba en el mundo académico por un gran dibujante. Después había ido á casa de Schinner para sorprender allí los secretos de aquel potente y magnífico color que distingue á este maestro. Pero como maestro y discípulo se hubieran mostrado muy discretos, Pedro no pudo allí sorprender nada. De aquí Fougères había pasado al taller de Sommervieux para familiarizarse con esa parte del arte llamada composición; pero la composición se mostró salvaje y huraña para él. Después había procurado arrancar á Granet y á Decamps el misterio de sus efectos; pero estos dos maestros no se dejaron tampoco robar nada. Por fin, Fougères había terminado su educación en casa de Duval Lecamus. Durante estos estudios y estas diferentes transformaciones, Fougères hizo una vida metódica y arreglada, que era objeto de las burlas de los diferentes talleres á que había pertenecido; pero en todas partes había acabado por desarmar á sus camaradas con su modestia y con una paciencia y mansedumbre de cordero. Los maestros no sintieron ninguna simpatía por este buen muchacho: los maestros gustan

de los sujetos brillantes, de los espíritus excéntricos, extravagantes, fogosos ó sombríos y profundamente callados, que denotan un talento futuro. Todo en Fougères anunciaba la medianía. Su apodo de Fougères, que coincidía con el nombre del pintor que sale en la pieza La Eglantine, fué origen de mil injurias; pero por la fuerza de las cosas aceptó el nombre de la villa en que había visto la luz por vez primera.

Grassou de Fougères se parecía á su nombre. Regordete y de mediana estatura, de tez indefinible, ojos color castaño obscuro, cabellos negros y nariz en forma de trompeta, tenía además una boca y orejas bastante grandes. Su aire apacible y resignado, realizaba muy poco estos rasgos principales de su fisonomía, llena de salud, pero sin animación. Era indudable que no debía verse atormentado ni por esa abundancia de sangre, ni por esa violencia de pensamiento, ni por esa verbosidad cómica con que se suelen dar á conocer los grandes artistas. Este joven, nacido para ser un virtuoso ciudadano, venido de su país para ser dependiente de algún comerciante de pinturas, oriundo de Mayenne y pariente lejano de los Orgemont, se había hecho pintor á causa de esa testarudez que constituye el rasgo principal del carácter bretón. Sólo Dios sabe lo que él sufrió y la manera como vivió mientras duraron sus estudios. Sufrió tanto como sufren los grandes hombres cuando se ven acosados por la miseria y perseguidos como bestias feroces por la jauría de medianías y por la multitud de vanidosos sedientos de venganza. Tan pronto como se creyó con fuerzas para volar con sus propias alas, Fougères abrió un taller en lo más alto de la calle de los Mártires, donde había empezado á brujulear. Hizo su debut en 1819. El primer cuadro que presentó ante el jurado para la exposición del Louvre, representaba una boda de aldea, bastante mal copiada de un cuadro de Greuze, y fué por lo tanto, rechazado. Cuando Fougères supo la fatal decisión, no sufrió uno de esos ataques de furor ó de amor propio epiléptico á que suelen entregarse los espíritus soberbios y que terminan á veces con cartas enviadas al director ó al secretario del museo ó con amenazas de asesinato. Fougères tomó tranquilamente su tela, la envolvió en el pañuelo y se la llevó al taller, jurándose á sí mismo que había de llegar á ser un gran pintor. Colocada la tela en el caballete, se fue á casa de su antiguo maestro, hombre de inmenso talento, á casa de Schinner, artista amable y paciente, cuyo éxito había sido completo en la última exposición, y le rogó que fuese á criticar la obra rechazada. El gran pintor lo dejó todo y se apresuró á complacerle. Cuando el pobre Fougères presentó el cuadro á Schinner, éste no hizo más que dirigirle una ojeada y, estrechando la mano á su discípulo, le dijo:

—Tú eres un buen muchacho, tienes un corazón de oro, y es preciso no engañarte. Escucha; tú no has dado nada que no prometieses ya cuando aprendiz Buen Fougères, cuando al final de los estudios se hacen obras como esta, es preferible dejar los colores en casa de Brullón y no disputar la tela á los demás. Retírate muy temprano por las noches, ponte un gorro de dormir, acuéstate á las nueve, vete por la mañana á alguna oficina á ver si encuentras colocación, y deja las artes.

—Amigo mío, dijo Fougères, mi cuadro ha sido condenado ya, y yo no pido nueva sentencia, sino que deseo saber los motivos.

—Pues bien, tu color carece de gracia. Tú ves la naturaleza á través de un velo; tu dibujo carece de soltura y tu composición es una servil imitación de Greuze, que sabía esconder sus defectos bajo el brillo de cualidades que á ti te faltan.

Mientras detallaba las faltas del cuadro, Schinner vió en el rostro de Fougères una expresión tan profunda de tristeza que se lo llevó á comer consigo y procuró consolarle. Al día siguiente, á las siete de la mañana, Fougères ante su caballete, trabajaba ya en el cuadro condenado, realzaba los colores y hacía en él las correcciones indicadas por Schinner. Después, disgustado él mismo de su arreglo, lo llevó á casa de Elías Magus. Elías Magus, especie de holandés belga flamenco, tenía tres razones para ser lo que llegó a ser, esto es, avaro y rico. Venido de Burdeos, debutaba entonces en París, revendía cuadros y vivía en el bulevar de Bonne-Nouvelle. Fougères, que sólo contaba con su paleta para ir á casa del panadero, comía muy intrépidamente pan y nueces, ó pan y leche, ó pan y cerezas, ó pan y queso, según las estaciones. Elías Magus, á quien Pedro ofreció su primera tela, la contempló largo tiempo y acabó por darle por ella quince francos.

—Con quince francos de ganancia al año y mil de gasto, dijo Fougères sonriendo, ya se puede ir lejos.

Elías Magus hizo un gesto y se mordió el pulgar, pensando que hubiera podido obtener el cuadro por cinco francos. Durante algunos días, todas las mañanas, Fougères bajaba de la calle de los Mártires, se escondía entre la multitud en el bulevar opuesto á aquel en que se encuentra la tienda de Magus, y sus ojos se fijaban en su cuadro, que no atraía en absoluto las miradas de los transeuntes. Hacia el final de la semana, el cuadro desapareció. Entonces, Fougères subió bulevar arriba y, fingiendo que paseaba, pasó por delante de la tienda. El judío estaba á la puerta.

—Y bien, ¿ha vendido usted mi cuadro?

—No, aquí lo tengo, dijo Magus. Le estoy poniendo un marco para poder vendérselo á alguno que crea entender en pintura.

Fougères no se atrevió á volver por el bulevar, la emprendieron un nuevo cuadro, permaneció dos meses pintándolo haciendo comidas de ratón y tomándose un trabajo ímprobo.

Una tarde, que se encaminó hacia el bulevar, sus pies le llevaron fatalmente hasta la tienda de Magus, y entonces ya no vió su cuadro por ninguna parte.

—He vendido su cuadro, dijo el comerciante al artista

—¿En cuánto?

—¡Phs! le he sacado un pequeño interés á mi dinero. Hágame algún asunto flamenco, una lección de anatomía y un paisaje, y se los pagaré bien, dijo Elías.

Fougères, que ya consideraba á Magus como á su padre, sintió deseos de estrecharle entre sus brazos. Volvió á su casa loco de alegría: ¿se habría engañado acaso el gran pintor Schinner? En aquella inmensa ciudad de París, había corazones que latían al unísono con el de Grassou, y su talento era comprendido y apreciado. El pobre muchacho, a los veintisiete

años de edad, era tan inocente como un joven de diez y seis. Otro, uno de esos artistas desconfiados y astutos, hubiera notado el aire diabólico de Elías Magus y hubiera observado la agitación de los pelos de su barba, la ironía de su bigote y el movimiento de sus hombros, que anunciaban la alegría del judío de Walter Scott engañando á un cristiano. Fougeres se paseó por los bulevares rebotando un contento, que daba á su rostro cierta expresión de orgullo. Parecía un colegial cuando protege á una mujer. Marchando sin rumbo, encontró á José Bridau, condiscípulo suyo, que era uno de esos talentos destinados á la gloria y á la desgracia. José Bridau, que tenía algún dinero, llevó á Fougeres á la Opera; pero éste no vió allí el baile ni oyó la música: concebía cuadros, pintaba. Dejó á Bridau á la mitad de la función y, corriendo á su casa á hacer bocetos á la luz del quinqué, inventó treinta cuadros llenos de reminiscencias, y se creyó un hombre de genio. Al día siguiente compró colores y telas de varias dimensiones, colocó pan y queso sobre la mesa, puso agua en un cántaro é hizo provisión de leña para la estufa; después preparó las telas y tomó algunos modelos. A los cuatro meses de reclusión, el bretón había acabado cuatro cuadros. Volvió á pedir consejo á Schinner, al cual se unió también José Bridau. Los dos pintores vieron en aquellos cuadros una servil imitación de los personajes holandeses y de los asuntos de Metz, y en el cuarto una copia de la lección de anatomía de Rembrandt.

—¡Siempre imitaciones! dijo Schinner. ¡Ah! lo que es Fougeres me parece que no hará nunca nada original.

—Tú debías dedicarte á otra cosa distinta de la pintura, le dijo Bridau.

—¿A qué? preguntó Fougeres.

—Dedícate á la literatura.

Fougeres bajó la cabeza como lo hacen las ovejas cuando llueve, y luego pidió y obtuvo nuevos consejos útiles y retocó los cuadros antes de llevárselos á Elías. Éste pagó cada cuadro á veinticinco francos. A este precio, Fougeres no ganaba nada, pero tampoco perdía, gracias á su sobriedad. Para ver lo que sería de sus cuadros, dió algunos paseos por delante de la tienda y tuvo una extraña alucinación. Sus telas, tan lisas y tan limpias, que tenían la dureza del hierro y el brillo de las pinturas en porcelana, estaban como cubiertas por una niebla y parecían cuadros viejos. Elías acababa de salir y Fougeres no pudo obtener ningún informe acerca de este fenómeno. Creyó haber visto mal. El pintor volvió á su taller para hacer en él nuevas telas viejas. Después de tres años de continuos trabajos, Fougeres llegó á componer y á ejecutar cuadros pasajeros y á ser contado entre el número de los artistas de segundo orden. Elías compraba y vendía todos los cuadros del pobre bretón, que apenas ganaba un centenar de luises al año y que no gastaba más de mil doscientos francos.

En la exposición de 1829, León de Lora, Schinner y Bridau, que tenían una gran posición y se encontraban á la cabeza del gran movimiento en las artes, sintieron lástima de la persistencia y de la pobreza de su antiguo condiscípulo, é hicieron que se admitiese en el gran salón de la exposición un cuadro de Fougeres. Este cuadro, sumamente interesante, que tenía algo de Vignerón por el sentimiento y de las primeras obras de Dubufe por la ejecución, representaba á un joven al que se hacía la tonsura en el interior de una prisión. A un lado un sacerdote y al otro una anciana y una joven llorando. Un escribano leía un

documento y en una mala mesa se veía una comida, á la que nadie había tocado. La claridad penetraba á través de los barrotes de un tragaluz. El asunto era para hacer estremecer á las buenas gentes, y éstas se estremecían en realidad. Fougères no había hecho más que inspirarse en la obra maestra de Gerardo Dow: en lugar de presentarlo de frente, había presentado de cara á la ventana el grupo de la Mujer hidrópica. Había reemplazado á la moribunda por el condenado: la misma palidez, la misma mirada, la misma actitud de implorar á Dios. En lugar del médico flamenco, había pintado la fría y oficial figura del escribano vestido de negro; pero á la joven de Gerardo Dow había añadido él una anciana. Finalmente, la figura repugnante del verdugo dominaba este grupo. Aquel plagio, disfrazado con habilidad, no fué conocido.

El catálogo decía así:

510.—Grassou de Fougères (Pedro), calle de Navarín, 2.

La tonsura de un Chuan condenado á muerte en 1809.

Aunque mediano únicamente, el cuadro tuvo un éxito atroz, porque recordaba el asunto de los incendiarios de Mortagne. La multitud se agolpaba todos los días delante del cuadro tan celebrado, y Carlos X fijó en él su atención. MADAME, sabedora de la vida paciente de aquel pobre bretón, sintió entusiasmo por él. El duque de Orleans compró el cuadro. Los eclesiásticos dijeron á la señora Delfina que el asunto estaba lleno de buenos pensamientos y que reinaba en él un aire religioso muy digno de alabanza. Monseñor el Delfín admiró el polvo de los cristales de la ventana, lo cual era una gran falta, pues lo que Fougères había querido hacer era darle tonos verdosos, que anunciaban la humedad que reinaba en la parte baja de las paredes. MADAME le compró otro cuadro en mil francos y el Delfín le encargó otro asunto. Carlos X condecoró al hijo del aldeano que se había batido por la causa real en 1799. José Bridau, el gran pintor, no fué condecorado. El ministro de la Gobernación encargó dos cuadros de iglesia á Fougères. Aquella exposición fué para Pedro Grassou toda su fortuna, su gloria, su porvenir, su vida. Inventar en cualquier ramo de la ciencia ó del saber es querer morir lentamente; copiar es vivir. Después de haber descubierto al fin un filón lleno de oro, Grassou de Fougères puso en práctica la parte de esta cruel máxima á la que la sociedad debe esas infames medianías encargadas de elegir hoy á los hombres superiores en todas las clases sociales, pero que, como es natural, se eligen á sí mismos y hacen una encarnizada guerra á los verdaderos talentos. El principio de elección, aplicado á todo, es falso: Francia acabará al fin por comprenderlo. Sin embargo, la modestia, la sencillez y la sorpresa del bueno, del infeliz Fougères, acabaron por hacer enmudecer á los que le recriminaban y envidiaban. Algunas gentes, conmovidas ante la energía de un hombre á quien nada había logrado desalentar, decían:

—Es preciso recompensar la voluntad en las artes. ¡Grassou no ha robado su éxito. El pobre hombre hacía ya diez años que luchaba.

Esta exclamación de ¡pobre hombre! contribuía en gran parte ó era la causa primordial de las adhesiones y felicitaciones que recibía el pintor. La piedad eleva á tantas medianías, como á hombres eminentes rebaja la envidia. Los periódicos no habían ahorrado las críticas; pero el caballero Fougeres las digirió con una paciencia angelical, como digería los consejos de sus amigos. Dueño á la sazón de más de quince mil francos ganados á fuerza de trabajos, amuebló su habitación y su taller de la calle de Navarín, é hizo el cuadro que le había encargado el señor Delfín y los dos cuadros de iglesia que le había encargado el ministro, para un día determinado y con una regularidad desesperante para la caja del ministerio, acostumbrada á otros procederes. ¡Pero, admirad la suerte de las gentes ordenadas! Si hubiera tardado más, Grassou, sorprendido por la revolución de julio, no hubiese cobrado. A los treinta y siete años de edad, Fougeres había pintado para Elías Magus unos doscientos cuadros completamente desconocidos, y gracias á los cuales había adquirido esa facilidad de ejecución que hace encogerse de hombros al artista, pero que no deja de agradar al vulgo. Fougeres se había hecho grato á sus amigos por la rectitud de ideas, por la invariabilidad de sentimientos, por su agradecimiento y por su gran lealtad, y, si no estimaban en nada su paleta, amaban en cambio al hombre que la tenía.

«¡Qué desgracia que Fougeres tenga el vicio de la pintura!» decían sus compañeros. Sin embargo, Grassou daba excelentes consejos, semejante á esos revisteros incapaces de escribir un libro y que saben muy bien sacarle faltas; pero había una diferencia entre los críticos literarios y Fougeres: éste era eminentemente sensible á las bellezas de una obra, y, por lo tanto, las reconocía, y sus consejos estaban revestidos de un sentimiento de justicia, que obligaba á aceptar sus observaciones. Desde la revolución de julio, Fougeres presentaba en cada exposición una docena de cuadros, entre los cuales sólo admitía cuatro ó cinco el jurado. El pintor vivía con la más rígida economía, y todo su servicio consistía en una anciana ama de llaves. Por toda distracción visitaba á sus amigos, iba á ver las obras de arte, se permitía algunos viajes por Francia y proyectaba ir á buscar inspiraciones á Suiza. Este detestable artista era un excelente ciudadano: hacía en persona las guardias que le tocaban en el cuartel, iba á las revistas y pagaba el alquiler de su casa y las consumaciones con una exactitud matemática. Habiendo vivido en medio del trabajo y la miseria, no le había quedado tiempo para amar. Soltero y pobre hasta entonces, no pensaba en complicar su sencilla existencia. Incapaz de inventar una manera de aumentar su fortuna, llevaba cada tres meses á casa de su notario Cardot sus economías y las ganancias del trimestre. Cuando el notario reunía mil escudos de Grassou, los colocaba en una primera hipoteca con subrogación de los derechos de la mujer, si el contrayente era casado, y con subrogación de los derechos del vendedor, si el que tomaba el dinero tenía algo que pagar. El notario mismo se encargaba de cobrar los intereses y de añadirlos á las entregas parciales que iba haciendo Grassou de Fougeres. El pintor esperaba el afortunado momento en que sus préstamos le diesen la imponente cifra de dos mil francos de renta, para entregarse al otium cum dignitate del artista y á hacer cuadros ¡oh! ¡pero qué cuadros! en fin, verdaderos cuadros, cuadros acabados, perfectos. Su porvenir, sus sueños dorados, lo superlativo de sus esperanzas ¿queréis saberlo? ¡Era entrar en la Academia y obtener la roseta de los oficiales de la Legión de honor! ¡Sentarse al lado de Schinner y de León de Lora, entrar en la Academia antes que Bridau, llevar una roseta en el ojal! ¡qué sueño! Sólo las medianías pueden pensar en todo.

Al oír el ruido de pasos en la escalera, Fougères se levantó el tupé, se abrochó su chaqueta de terciopelo verde botella y no quedó poco sorprendido al ver entrar una figura llamada vulgarmente en los talleres un melón. Este fruto era la cima de una calabaza vestida de paño azul y provista de un par de animados dijes. El melón soplaba como un marsupial y la calabaza marchaba sobre los dijes impropriamente llamados piernas. Un verdadero pintor hubiera hecho así el retrato del tratante en botellas y le hubiera puesto inmediatamente en la puerta de la calle diciéndole que él no pintaba legumbres. Fougères miró al parroquiano sin reírse, sin duda porque el señor Verville ostentaba un diamante de mil escudos en su pechera.

—Me parece que habrá tostada, dijo Fougères mirando á Magus y empleando una frase que estaba á la sazón de moda en los talleres.

Al oír esta palabra, el señor Verville frunció las cejas. Este ciudadano traía consigo otra complicación de legumbres en las personas de su mujer y de su hija. La mujer parecía un coco provisto de una cabeza y apretado por la cintura, que giraba sobre sus pies. Su vestido era amarillo á rayas negras; ostentaba orgullosamente unos extravagantes mitones colocados sobre unas manos hinchadas, como los guantes que suelen poner de muestra á la entrada de las guanterías. Plumas parecidas á las de un entierro de primera clase flotaban sobre su sombrero extravasado; unos encajes adornaban unos hombros tan bombeados por delante como por detrás: de modo que la forma del coco era perfecta. Los pies, pertenecientes al género de los que se llaman morcillas, estaban provistos de un rollo de carne que sobresalía seis líneas por encima del cuero de los zapatos. ¿Cómo habían entrado en éstos los pies? Imposible averiguarlo.

Siguiendo á este ente, venía una joven que parecía un espárrago, verde y amarilla por su ropa, y que mostraba una cabecita, provista de una cabellera con raya al medio, de un color rojo, que hubiera admirado y encantado á un romano; unos brazos filamentosos, infinidad de pecas sobre una tez bastante blanca, grandes é inocentes ojos, pestañas blancas y pocas cejas; un sombrero de paja de Italia con adornos de satén, las manos rojas y los pies como su madre, completaban el retrato de la hija.

Mientras contemplaban el taller, estos tres seres tenían tal aire de contento en su rostro, que anunciaba el respetable entusiasmo que sentían por las artes.

—Caballero, ¿es usted el que va á hacer nuestros retratos? dijo el padre afectando un aire un tanto atrevido.

—Sí, señor, respondió Grassou.

—Verville, fíjate, está condecorado, dijo en voz baja la mujer al marido mientras que el pintor estaba de espaldas.

—Pues qué, ¿te figuras tú acaso que iba yo á encargarte nuestro retrato á un artista que no estuviera condecorado? dijo el antiguo comerciante en corchos.

Elías Magus saludó á la familia Verville y salió. Grassou le acompañó hasta el descansillo y le dijo:

—Sólo usted es capaz de pescar semejantes tipos.

—¡Cien mil francos de dote!

—Sí, pero ¡qué familia!

—Trescientos mil francos en perspectiva, una casa en la calle del Encorchado y una casa de campo en Ville-d'Avray.

—Encorchado, botellas, corchos, tapones, dijo el pintor.

—Pero no olvide que queda usted al abrigo de la miseria para el resto de sus días, dijo Elías.

Esta idea entró en la cabeza de Pedro Grassou como había entrado la luz por la mañana en su buhardilla. Mientras colocaba al padre de la joven para empezar el retrato, lo encontró ya más simpático y admiró aquel rostro franco. Entretanto, la madre y la hija revoloteaban en torno del pintor, maravillándose de todo cuanto hacía y considerándolo como un Dios. Esta visible adoración agradó á Fougères. El becerro de oro proyectó sobre aquella familia su reflejo fantástico.

—¡Debe usted ganar muchísimo dinero! dijo la madre. Es verdad que lo gastará usted como lo gana.

—No, señora, respondió el pintor; no lo gasto porque no tengo tiempo para divertirme. Mi notario coloca mi dinero como quiere y él se las arregla, porque yo, una vez está en su poder, ya no pienso más en él.

—Pues á mi me decían, exclamó el padre Verville, que los artistas eran unos manos rotas.

—¿Quién es el notario de usted, si no es indiscreta la pregunta? preguntó la señora Verville.

—Un buen muchacho, muy honrado, Cardot.

—¡Toma! ¡toma! ¿de veras? ¡pues si es también el nuestro!

—Haga usted el favor de no moverse, dijo el pintor.

—Pero, hombre, estáte quieto, Antenor, dijo la mujer. Harás que el señor se equivoque. Si le vieras trabajar, comprenderías que...

—¡Dios mío! ¿por qué no me habéis hecho practicar las artes? dijo la señorita Verville á sus padres.

—¡Virginia! exclamó la madre, una joven no debe aprender ciertas cosas. Cuando seas casada... bien; pero hasta entonces, déjate de eso.

Durante la primera sesión, la familia Vervelle se familiarizó casi con el honrado artista. Este les citó para dos días después. Al salir, el padre y la madre dijeron á Virginia que fuese delante de ellos; pero, á pesar de la distancia, la joven oyó estas palabras cuyo sentido tenía que despertar su curiosidad:

—Un hombre condecorado; treinta y siete años... un artista que tiene una gran parroquia y que coloca sus ahorros en casa de nuestro notario. ¿Consultamos á Cardot...? ¡eh! ¡llamarse la señora Fougeres...! Me parece que no ha de ser muy mal hombre... Tú me dirás que lo que prefieres es un comerciante... Pero con un comerciante, hasta que no esté retirado, no sabremos lo que podría ser de nuestra hija... mientras que un artista economiza... además, nosotros somos entusiastas por las artes... En fin...

Mientras que la familia Vervelle pensaba en Pedro Grassou, éste pensaba en la familia Vervelle, hasta el punto que le fué imposible permanecer en paz en su taller y salió á pasearse por el bulevar. Ya en él, miraba á todas las mujeres rojas que pasaban, y forjaba los más extraños proyectos: el oro era el más hermoso de los metales, el color amarillo representaba el oro, los romanos gustaban de las mujeres rojas, y él se hizo romano, etc. Después de dos años de matrimonio ¿qué hombre se ocupa del color de su mujer? La belleza pasa... pero la fealdad permanece. El dinero constituye la mitad de la dicha. Por la noche, al acostarse, el pintor encontraba ya encantadora á Virginia Vervelle.

Cuando los tres Vervelle entraron en el taller el día de la segunda sesión, el artista los acogió con amable sonrisa. El perezoso se había afeitado, mudado de camisa, peinado cuidadosamente y puesto un elegante pantalón y unas hermosas zapatillas. La familia respondió con una sonrisa tan halagüeña como la del artista, y Virginia se puso del color de sus cabellos, bajó los ojos y volvió la cabeza para mirar los cuadros. Pedro Grassou encontró encantadoras estas monadas. Virginia tenía gracia y por fortuna no se parecía ni al padre ni á la madre; pero ¿á quién se parecía entonces?

—¡Ah! ¡ya caigo! continuó pensando; acaso la madre haya tenido algún capricho.

Durante la sesión, hubo escaramuzas entre la familia y el pintor, que tuvo la audacia de encontrar gracioso é inteligente al papá Vervelle. Esta adulación hizo entrar á la familia á paso de carga en el corazón del artista, el cual regaló un croquis á Virginia y un boceto á la madre.

—¿De balde? dijeron ellas.

Pedro Grassou no pudo menos de sonreír.

—No hay que hacer eso con los cuadros, que siempre son dinero, le dijo Vervelle.

A la tercera sesión, el padre Verville habló de una hermosa galería de cuadros que tenía en su quinta de Ville-d'Avray, de Rubens, Gerardo Dow, Mieris, Terburg, Rembrandt, un Ticiano, etc.

—Verville ha hecho verdaderas locuras, dijo fastuosamente la señora Verville; tiene más de cien mil francos empleados en cuadros.

—Es que soy entusiasta por las artes, repuso el antiguo comerciante en botellas.

Cuando el retrato de la señora Verville estuvo empezado, el del señor Verville estaba casi acabado, y el entusiasmo de aquella familia no conoció límites. El notario había hecho un gran elogio del pintor: Pedro Grassou era en su concepto el muchacho más honrado del mundo y un artista de gran reputación, que contaba, por otra parte, treinta y seis mil francos de capital; sus días de miseria habían pasado ya, pues ahorraba más de diez mil francos al año y capitalizaba los intereses. En una palabra, que era incapaz de hacer desgraciada á ninguna mujer. Este último elogio hizo un peso enorme en la balanza. Los amigos de los Verville no les oían hablar ya más que del célebre Fougères. El día en que Grassou empezó el retrato de Virginia, se consideraba ya in petto yerno de la familia Verville. Los tres Verville gozaban lo indecible en aquel taller, pues se acostumbraban ya á considerar como residencia propia aquel local limpio, cuidado, lindo y artístico, que tenía para ellos un atractivo inexplicable. *Abyssus abyssam*: cada oveja con su pareja. Cuando estaba al final de la sesión, la escalera de la casa se estremeció y la puerta fué brutalmente abierta por José Bridau. Este hombre era una especie de tempestad; llevaba los cabellos en desorden, mostró su ajada cara y, dirigiendo una escudriñadora mirada por todo el estudio, se encaminó bruscamente hacia Grassou, procurando abrocharse la levita en vano, pues el botón acabó por saltar de su cápsula de paño.

—¡Hola, Grassou! entró diciendo.

—¿Qué hay?

—Los ingleses me persiguen... ¡Cómo! ¿pintas tú esas cosas?

—¡Calla, hombre!

—¡Ah! ¡sí!

La familia Verville, sumamente admirada de aquella extraña aparición, pasó del rojo ordinario al rojo cereza.

—¡Eso produce! repuso José. ¿Cómo está el presupuesto?

—¿Necesitas mucho?

—Un billete de quinientos... Traigo detrás de mí uno de esos negociantes del género de los dogos que, una vez que han mordido, no sueltan sin llevarse algo. ¡Qué raza!

—Voy á darte una carta para mi notario.

—¡Cómo! ¿tienes notario?

—Sí.

—¡Ah! entonces ya me explico el porqué haces las mejillas con tonos rosáceos, excelentes para las muestras de un perfumista.

Grassou no pudo menos de ruborizarse. Virginia le sirvió de modelo.

—Pero, hombre, copia la naturaleza tal cual es, dijo el pintor continuando. La señorita es roja. Pues bien, ¿es eso acaso un pecado mortal? Todo es magnífico en pintura. Pon cinabrio en la paleta, realza el color de las mejillas y ponle unas manchitas negras imitando las pecas. ¿Quieres tú saber más que la naturaleza?

—Toma, dijo Fougères, sustitúyeme mientras voy á escribir la carta.

Vervelle se deslizó hasta la mesa, y aproximándose á Grassou, le dijo al oído:

—¡Pero ese hombre lo va á echar á perder todo!

—¡Ca! si quisiera hacer el retrato de Virginia, valdría cien veces más que el mío, respondió Fougères indignado.

Al oír esta contestación, el antiguo comerciante fue á unirse de nuevo á su mujer, que estaba estupefacta ante la invasión de aquella bestia feroz y muy poco tranquila al ver que cooperaba en el retrato de su hija.

—Toma, sigue estas indicaciones, dijo Bridau devolviéndole la paleta y tomando la carta. No te doy las gracias. Ahora me voy al palacio de Arthez, á quien estoy pintando un comedor y donde León de Lora está pintando la parte superior de la puerta. Son verdaderas obras maestras. Ven á vernos.

Y tan harto había quedado de ver á Virginia, que se marchó sin saludar.

—¿Quién es ese hombre? preguntó la señora Vervelle.

—Un gran artista, respondió Grassou.

Dicho esto, hubo un momento de silencio.

—Diga usted, dijo al fin Virginia, ¿está usted seguro de que ese hombre no le habrá echado el mal de ojo á mi retrato? ¡Me ha asustado!

—Al contrario, le ha hecho mucho bien, respondió Grassou.

—De todos modos, podrá ser un gran artista, pero yo prefiero los grandes artistas que se parecen á usted, dijo la señora Vervelle.

—¡Ah! mamá, el señor es más artista y me hará de cuerpo entero, advirtió Virginia.

Los modales del genio habían asustado á aquellos pacíficos ciudadanos.

Empezaba esa fase del otoño tan justamente llamada verano de San Martín, y, con la timidez del neófito que se ve en presencia de un hombre de genio, Vervelle se atrevió á invitar á Fougères á que fuese el domingo próximo á su casa de campo, á pesar de que no ignoraba el comerciante los pocos atractivos que ofrecía para un artista el trato con una familia de costumbres modestas.

—Ustedes, le dijo, necesitan emociones, grandes espectáculos y gente de talento; pero habrá buenos vinos, y cuento con mi galería para recompensarle del aburrimiento que un artista como usted ha de experimentar entre negociantes.

Esta idolatría, que halagaba exclusivamente su amor propio, encantó al pobre Pedro Grassou, tan poco acostumbrado á recibir tales alabanzas. El honrado artista, aquella infame medianía, aquel corazón de oro, aquella leal vida, aquel estúpido dibujante, aquel buen muchacho, condecorado con la orden real de la Legión de honor, se aprestó á ir á gozar de los últimos hermosos días del año á Ville-d'Avray. El pintor tomó modestamente el coche público y no pudo menos de admirar la hermosa casa del tratante de botellas, construída en medio de un parque de quinientas fanegas, en lo más elevado de Ville-d'Avray y ocupando el punto de vista más hermoso. Casarse con Virginia equivalía á ser algún día dueño de aquella hermosa quinta. Fué recibido por los Vervelle con un entusiasmo, una alegría, una candidez y una estúpida franqueza de comerciante, que le confundieron. Aquel día fué un día de triunfo. Pasearon al futuro por las calles de árboles, que habían sido enarenadas como si se tratase de recibir á un gran hombre. Hasta los árboles habían sido limpiados y los céspedes recortados. El aire puro del campo se mezclaba con aromas de cocina infinitamente halagüeños. Todos en la casa decían: «¡Tenemos hoy aquí á un gran artista.» El pequeño padre Vervelle rodaba como una manzana por su parque, la hija serpenteaba como un anguila y la madre marchaba con paso noble y digno. Aquellos tres seres no se separaron ni un momento de Pedro Grassou durante siete horas. Después de la comida, cuya duración y suntuosidad se igualaron, los señores Vervelle prepararon el golpe magistral, la apertura de la galería iluminada con lámparas de calculado efecto. Tres vecinos, antiguos comerciantes, un tío solterón, invitados para ovacionar al artista, una jamona señorita Vervelle y los convidados, siguieron á Grassou á la galería, con bastante curiosidad para saber la opinión que emitía acerca de la famosa galería del señor Vervelle, que les fastidiaba continuamente con el valor fabuloso de sus cuadros. El comerciante en botellas parecía haber querido luchar con el rey Luis Felipe y las galerías de Versalles. Los cuadros provistos de magníficos marcos, ostentaban etiquetas donde se leía en letras negras sobre fondo de oro:

RUBENS

Danza de faunos y de ninfas.

## REMBRANT

Interior de una sala de disección. El doctor Tromp dando lección á sus discípulos.

Había allí cincuenta cuadros, todos barnizados, algunos de los cuales estaban cubiertos con cortinas verdes y no se descubrían en presencia de los jóvenes.

Al reconocer la mitad de sus cuadros en aquella galería, el artista se quedó sin voz, con los brazos caídos y la boca abierta: ¡él era Rubens, Pablo Potter, Mieris, Metz, Gerardo Dow! él solo personificó á veinte grandes maestros.

—¿Qué tiene usted? ¿se pone usted malo!

—Hija mía ¡un vaso de agua! exclamó la señora Vervelle.

El pintor cogió al señor Vervelle por la solapa de la levita y se lo llevó á un rincón, bajo pretexto de ver un Murillo. Los cuadros españoles estaban entonces de moda.

—¿Ha comprado usted estos cuadros en casa de Elías Magus?

—Sí, todos originales.

—Aquí, para inter nos, ¿cuánto ha pagado usted por los que voy á señalarle ahora?

Ambos dieron una vuelta por toda la galería, y los convidados quedaron maravillados del aire serio con que el artista procedía en compañía de su anfitrión al examen de las obras maestras.

—Tres mil francos, dijo en voz baja Vervelle al señalar el último; pero yo digo cuarenta mil.

—¡Cuarenta mil francos un Ticiano! repuso en voz alta el artista. ¡Pero si eso es de balde!

—¡Cuando yo le decía á usted que tengo por más de cien mil escudos en cuadros! exclamó Verville.

—Todos estos cuadros los he hecho yo, le dijo Pedro Grassou al oído, y á mí todos juntos no me han valido más de diez mil francos.

—¡Pruébemelo usted, dijo el comerciante en botellas, y doblo la dote de mi hija! ¡porque entonces es usted Rubens, Rembrandt, Terburg, Ticiano!

—Y Magus es un gran comerciante en cuadros, dijo el pintor que se explicó entonces el aspecto viejo de sus cuadros y la utilidad de los asuntos que le encargaba el anticuario.

Lejos de perder en el concepto de su admirador el señor Fougères, pues aquella familia persistía en llamar así á Pedro Grassou, ganó tanto, que hizo gratis los retratos de la familia y, como es natural, se los ofreció á su suegro, á su suegra y á su mujer.

Hoy Pedro Grassou, que no falta á ninguna exposición, pasa para el vulgo por un buen pintor de retratos, gana doce mil francos al año y gasta quinientos en telas. Vive con sus suegros, y su mujer le ha aportado una dote de seis mil francos de renta. Los Verville y los Grassou se entienden á las mil maravillas, tienen coche y son la gente más feliz del mundo. Pedro Grassou no sale del reducido círculo de sus conocidos, donde es considerado como uno de los mejores artistas de la época. En todo el espacio comprendido entre la barrera del Trono y la calle del Temple, no se hace un retrato de familia que no sea pintado en casa del gran artista y que no cueste por lo menos quinientos francos. La gran razón del vulgo para dirigirse á él es esta: «¡Dígase lo que se quiera, es lo cierto que él va á colocar cada año veinticinco mil francos en casa de su notario!» Como Grassou se ha portado muy bien en las sediciones del 12 de mayo, ha sido nombrado oficial de la Legión de honor y es jefe de batallón en la guardia nacional. El museo de Versalles no ha podido dispensarse de encargar una batalla á tan excelente ciudadano, el cual ha recorrido todo París á fin de encontrar á sus antiguos compañeros para poder decirles con aire desenvuelto: «El rey me ha encargado una batalla!»

La señora Fougères adora á su esposo y le ha dado dos vástagos. Sin embargo, este pintor, que es buen padre y buen esposo, no puede quitarse del corazón este fatal pensamiento: los artistas se burlan de él, su nombre es objeto de desprecio en los talleres y los periódicos no se ocupan de sus obras. Pero sigue siempre trabajando y espera á ser de la Academia, donde seguramente entrará. Por otra parte ¡venganza que le dilata el corazón! compra cuadros á los pintores célebres cuando se encuentran apurados y reemplaza los mamarrachos de la galería de Ville-d'Avray por verdaderas obras maestras, que no son suyas.

Existen, no obstante, medianías más tacaños y malvados que Pedro Grassou, el cual es, por lo demás, agradecido y bienhechor anónimo de los que valen.

París, diciembre de 1839.